

# Redescubriendo con IA los rostros de mujeres en la historia de Chile

## Candelaria Pérez

(1810-1870)

Nació en La Chimba, Santiago, y creció en un entorno humilde y distanciado del resto de Santiago por el río Mapocho. Las versiones sobre la vida que llevó ahí son ambiguas. Es posible suponer que pasó su infancia y juventud buscando medios de subsistencia para ayudar a su familia y que, por lo mismo, no asistió a la escuela. Al parecer, durante algún tiempo, trabajó en labores domésticas al servicio de una familia en Valparaíso. Cuando tenía un poco más de veinte años, emigró a Perú. Es posible que se haya trasladado acompañando a una familia holandesa con la que trabajaba como parte del servicio doméstico y que los haya seguido a su nuevo destino. Con esa estabilidad laboral, Candelaria pudo ahorrar, de manera que decidió emprender un negocio por sí misma. Abrió una

cocinería en Callao que poco a poco se hizo conocida como La Fonda de la Chilena. El ambiente de este local evocaba el de las fondas de la Chimba de su infancia: venta de comidas y licores, amenizada por la música y los bailes populares. Sus compatriotas residentes en Callao debieron haber hallado en ese rincón un pedazo nostálgico de su pasado, de manera que la cocinería de Candelaria comenzó a ser reconocida por su chilenidad. En las vísperas de la declaración de la guerra de Chile contra la Confederación Perú-boliviana (1836-1839), los ánimos entre chilenos y peruanos se enrarecieron, al punto de que su cocinería fue víctima de un ataque que destruyó el local y le arrebató su fuente laboral. Dicen que la acusaban de dar refugio a algunos de sus compatriotas. La injusticia y violencia sufridas fueron el acicate para que Candelaria decidiera apoyar a su país participando en las acciones de guerra que una mujer pudiera realizar. Y así, se presentó ante la Armada chilena para ofrecer su ayuda, incorporándose como informante. Para eso, solía disfrazarse de marinero y acudía en bote a las embarcaciones chilenas para darles noticias de lo que escuchara en el puerto. No obstante, al poco tiempo fue descubierta por sus enemigos y eso le valió su aprisionamiento en la cárcel de Casas Matas de Callao. Allí pasó hambre, frío y sed, y sufría del maltrato de los carceleros, que solían burlarse de ella. Sólo la consideración de un general, a quien logró pedirle audiencia, permitió que la dejaran en libertad.

Una vez liberada, acudió con decisión a los cuarteles chilenos para ofrecer su enrolamiento. De este modo, en 1838, comenzó a contribuir como cantinera y enfermera del batallón Carampangue, dirigido por Guillermo Nieto, y llegó a vincularse con algunos de los principales líderes de la campaña, entre ellos, el general Manuel Bulnes y el comandante Roberto Simpson. Estos últimos la designaron como mensajera, aprovechando el conocimiento que ella tenía sobre el territorio y sobre los integrantes del bando enemigo.

Candelaria estaba dispuesta a tomar las armas si se hacía necesario pasar al frente. De esta manera, estaba preparada para lo que ocurrió en enero de 1839, cuando el general Bulnes decidió atacar a los confederados que se habían parapetado en el cerro Pan de Azúcar, cerca de la ciudad de Yungay. La misión era compleja: suponía escalar un monte en inferioridad numérica y resistiendo a las rocas y municiones que eran lanzadas desde arriba. El ataque enemigo surtió efecto con las primeras líneas de ascenso. Entre otros, cayó muerto el capitán Guillermo Nieto. La victoria parecía imposible, pero lejos de retroceder, Candelaria decidió tomar un fusil y acompañar a sus compañeros para tomar el Pan de Azúcar.

Ella luchó en la misma medida que los demás y el triunfo chileno fue también el de Candelaria Pérez. El 20 de enero y gracias al esfuerzo de estos soldados, el ejército restaurador chileno alcanzó una victoria decisiva para esa guerra, que se selló con la victoria de Yungay. Ella, seguramente, también fue parte de este enfrentamiento. Manuel Bulnes reconoció el mérito de quienes habían logrado estas gestas y Candelaria recibió el grado de sargento.

Era momento de regresar a su país y así lo hizo con el resto de las tropas, que fueron recibidas en Santiago y Valparaíso con ceremonias triunfales en diciembre de 1839. Su popularidad circuló entre la sociedad chilena de su tiempo e impulsó al gobierno a intensificar los reconocimientos a sus méritos.

En enero de 1840, el presidente Joaquín Prieto se dirigió a los diputados y senadores de la república, para honrar a Candelaria y conferirle el grado de subteniente.

El honor concedido no le significó, de todos modos, un aumento de sueldo. Candelaria se vio entonces obligada a recurrir al congreso para solicitar que le ajustaran ese salario, porque el asignado sólo le permitía proporcionarse una "mediocre habitación". La fama que la precedía no fue proporcional a la retribución material que esperaba. En las calles y espectáculos públicos, la gente la reconocía y aplaudía. En 1859, el cronista Vicente Reyes fue a visitarla a su casa para conmemorar los veinte años de su gesta y la encontró dejada al olvido, tal como ocurría con la mayoría de los veteranos de guerra.

Así transcurrieron sus últimos tiempos de vida. La sociedad chilena sólo volvió a recordarla con afecto y admiración cuando, el 28 de marzo de 1870, Candelaria Pérez falleció. La comandancia general dispuso que un piquete del batallón Buin le rindiera los honores debidos a las ocho de la mañana del 31 de marzo en el cementerio general. Diversas reseñas y elogios circularon en los periódicos durante los días siguientes, aunque poco se dijo sobre el abandono que había sufrido tras la guerra y los momentos de triunfo y gloria. El diario El independiente recordó a la "varonil mujer" (30 de marzo de 1870), reconociéndola como una celebridad del ejército y una "heroína eminentemente popular", cuya memoria se fundía con el mito que se había construido sobre ella.

